

# Un pasado de leyenda para el Palacio de la Aljafería



Texto: JAVIER VÁZQUEZ. Fotos: SANTIAGO CABELLO



**S**e levanta señorial y majestuosa, como la gran fortaleza que es; escondiendo en su interior, tras su apariencia guerrera, patios y corredores de delicada belleza, que han sido testigos silentes del paso del tiempo y las culturas. Escenario de historias legendarias, de tolerancia, de amores imposibles y secretos románticos que muy pocos conocen, hay quien asegura que nació la Aljafería del capricho del rey Aben-Aljafé, que en su nacimiento tuvo algo que ver el río Ebro, y que le costó la vida a la favorita de aquel monarca.

Dicen también de esta dama de piedra ricamente ornamentada, que fue cuna de nobles y de santas, que a pesar de ser su origen moro,

custodió el grial que sirvió de cáliz al hijo del dios cristiano, y que forma parte de sus muros el torreón sombrío que vio morir de amor a un trovador enfermo de los males de Cupido.

Sus arcos, sus jardines, su aljibe, sus aromas, su tranquilidad reposada de mujer sabia y vigorosa evocan a don Gaiferos, a su esposa Melisendra y a don Manrique de Lara, a Leonor de Sesé y al católico rey Fernando. Fue la admiración del propio Al-Andalus, mecenas de científicos y artistas, cofre monumental del primer metal precioso que llegó de las Américas y alegre tesoro del rey musulmán Abu Yafar Ahmad al-Muqtadir que así llamó a su palacio Aljafería: Palacio de la Alegría.

## Dame tu favorita y yo daréte el palacio que suspiras

«Aben-Aljefe soñaba despierto. ¡Cuán hermoso –se decía a sí mismo– sería ver elevado en esas orillas un alcázar con estucados de pórfito y nácar, torreones altísimos y columnas delgadas y gentiles como las palmeras de Rabat»

Así comienza una de las muchas leyendas que hablan de la Aljafería, el suntuoso palacio que nació al esplendor en la segunda mitad del siglo XI con el rey musulmán Abu Yatar Ahmad al-Muqtadir. Frente a su aspecto austero de gran fortaleza, el refinamiento que alberga en su interior ha dado pie a seculares historias que hablan de su pasado con mayor o menor veracidad. Es el caso de esta narración romántica que recogió en 1859 Joaquín Tomeo y que se refiere a la fabulosa edificación del palacio en una sola noche.

Cuenta la leyenda que el mítico rey moro Aben-Alfaje contemplaba el vergel que se levantaba a las orillas del Ebro en Zaragoza y, admirado por tan natural belleza, anhelaba poseer en aquel lugar un palacio suntuoso y magnífico, con techumbres de oro, fuentes de alabastro, alkatifas de flores y bosques de laureles y limoneros, que había de ser la envidia del Al-Andalus.

Cuál no sería la sorpresa del monarca cuando escuchó que alguien le llamaba en una noche de luna clara, que convertía en plata las aguas bravías del río cercano. Al volver la cabeza, el árabe divisó «sentado sobre un peñasco, en la misma orilla, a un anciano casi desnudo, de blanca barba, cubierto apenas con una clámide azul, ciñendo una verde corona de algas y empuñando en una mano un precioso caracol marino». Resultó ser el mismo padre Ebro el que así susurró su nombre que, habiendo escuchado los suspiros anhelantes de Aben-Aljefe, se disponía a cumplir sus deseos si a cambio le entregaba a su esclava favorita. No en vano le recordó el río al monarca que, a cambio de aquel palacio, había prometido dar



cuanto de su mano dependiese. «Dame tu favorita y yo en cambio daréte el palacio por que suspiras», le dijo el Ebro. «Dámelo, pues, y es tuya –interrumpió el rey, cuyos ojos brillaron con alegría al sólo pensamiento de verse dueño de su soñado alcázar».

Asegura la leyenda que entonces cayó dormido en un sueño profundo el monarca y que, cuando despertó, se vio con sorpresa tendido en una rica otomana, rodeado de paredes de nácar y marfil, artesonados de ébano y rosetones de coral y plata, pebeteros de oro, alfombras de seda y vajillas de los más ricos metales. Había pasado una sola noche y el río habla cumplido su promesa, levantado un palacio suntuoso que fue la admiración de todos los que lo vieron.

El rey moro, invadido de gozo por su nuevo alcázar de esplendor lujoso, se olvidó de Hanifa, su favorita, que desapareció misteriosamente de la Azuda la misma noche de la edificación del palacio. Nadie supo jamás qué fue de ella, aunque aseguran que el Ebro la amó profundamente en las aguas profundas de su cauce.





Las muy ricas horas del Duque de Berry. Roger Violet.

### Leonor de Sesé y Manrique de Lara

Nada tuvieron que ver el doncel Manrique de Lara y una dama de la reina, de nombre Leonor Sesé de Urrea, con quizá los dos amantes de leyenda más famosos que ha dado la literatura. Sin embargo su historia de amores imposibles, de venganzas y de luchas, iguala y aún supera a la desdicha de Romeo y de Julieta.

Tal fuerza tuvo la leyenda que rodeó a los dos amantes que le sirvió de argumento a Antonio García Gutiérrez para escribir uno de los más desgraciados y bellos dramas de amor de corte romántico jamás escrito. Los hechos se sitúan en la torre del homenaje del castillo de la Aljafería, conocida popularmente como torreón del Trovador, porque es allí donde se supone que tuvo lugar el trágico desenlace de una historia que sembró la desgracia eterna entre don Manrique y doña Leonor.

El compositor italiano Giuseppe Verdi contribuyó a expandir y a hacer universal esta leyenda, utilizándola como base para el libreto

de una de sus óperas más famosas y que comparte nombre con el drama de García Gutiérrez: *El Trovador*.

Todo comienza en los tiempos de don Lope Artal de Azlor, noble aragonés con extensas posesiones en tierras del Castellar. Fue precisamente él quien mandó quemar en la hoguera a la gitana Estrella, acusándola de haber dirigido terribles maldiciones contra su primogénito. En vano pidió de rodillas ante don Lope clemencia la hija de la gitana. Azucena se llamaba la muchacha y al ver irremediable el fuego en el que había de arder su madre, decidió vengarse de don Lope y, entrando a hurtadillas en la fortaleza de éste, le robó a su hijo para arrojarlo a la misma hoguera en que ardía la gitana.

Quiso no obstante la fatalidad que tuviera la muchacha un momento de ofuscación y confundiese a su hijo con el de don Lope, viéndose morir en el fuego a la misma criatura que había llevado en sus entradas. Así pues, Azucena huyó con el hijo de don Lope y lo educó y crió en el odio al señor de Artal y a su familia.



Se formó el doncel don Manrique de Lara en las artes y en las armas, cultivó la poesía y se hizo trovador. Participó el joven en un torneo en la Aljafería y allí conoció a una de las damas de la reina, doña Leonor Sesé de Urrea. El amor nació entre ambos casi al verse y con él surgió también la semilla de la desgracia que había de separarles para siempre. Andaba el Reino dividido en dos bandos irreconciliables. El uno defendía al rey Juan II y el otro auspiciaba a su hijo don Carlos, príncipe de Viana; precisamente por éste tomó partido el trovador, mientras que don Antonio Artal y Luna, hijo de don Lope, y a la sazón sin saberlo, hermano de don Manrique, era defensor acérrimo del rey Juan.

Tan distanciados en lo político, les unía doña Leonor a los dos jóvenes, pues ambos pretendían con adoración a la misma dama. Sin embargo la muchacha miraba con mejores ojos al trovador don Manrique. Contaron estos amores con la oposición del hermano de Leonor, quien hizo todo lo posible por separarlos y apoyar los empeños amorosos del otro pretendiente. En vista de lo infructuoso de su empresa, apartó a la hermana de su enamorado trovador haciéndola ingresar en un convento, de donde fue raptada por don Manrique de Lara.

No paró el hermano de Leonor hasta ver vengada la mancilla que había derramado sobre el honor de su familia el trovador y lo mandó apresarse encerrándolo en el torreón del palacio al que da nombre. Condenado a muerte, Leonor de Sesé se quitó la vida con un mortal bebedizo, al saber que ya nunca podría volver a besar a su amado.

Intentando salvar a su hijo en vano, la gitana Azucena reveló al señor de Artal que a quien había ordenado matar era a su propio hermano. Enloqueció la gitana tras el ajusticiamiento y quiso la desgracia no dejar títere con cabeza, puesto que, acosados por sus remordimientos, murieron también don Antonio Artal y el hermano de Leonor, culminando así el destino el aciago final que había deparado al trovador, a su amada y a quienes les rodearon.

### La Aljafería y el Quijote

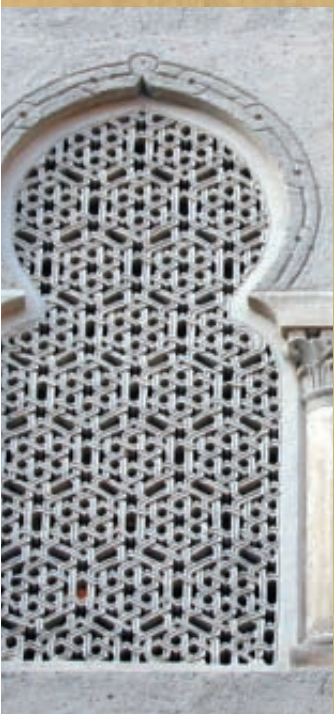
Tampoco pudo el ingenioso hidalgo don Quijote, al igual que su autor, don Miguel de

Cervantes, pasar por alto el atractivo de este palacio musulmán, que sirve de escenario al vigésimo sexto capítulo de la segunda parte del libro más universal de nuestra literatura. Se cuenta allí el romance medieval de «la libertad que dio el señor don Gaiferos a su esposa Melisendra, cautiva de los moros en España, en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba entonces la que hoy se llama Zaragoza».

Resultó ser pues, según la leyenda, que la tal Melisendra era hija putativa del mismo emperador Carlomagno, quien reprendió a don Gaiferos por haberse olvidado de su esposa, cautiva en la fortaleza mora. «Vuelvan vuestras mercedes los ojos a aquella torre que allí aparece —escribe Cervantes— que se presupone que es una de las torres del alcázar de Zaragoza, que ahora llaman de la Aljafería; y aquella dama que en aquel balcón parece, vestida a lo moro, es la sin par Melisendra, que desde allí muchas veces se ponía a mirar el camino a Francia, y puesta la imaginación en París y en su esposo, se consolaba en su cautiverio».

Lejanas tierras las de Francia, que entroncan, aunque sea a través de la leyenda de Melisendra, con este palacio tan sin par como la tal mujer de don Gaiferos; al igual que reúne en su pasado la historia del nacimiento de una niña que había de llegar a ser reina y a ser santa. Vino al mundo Isabel, hija de Pedro III y Constanza de Sicilia, un 4 de julio de 1271. Así lo atestigua para algunos una supuesta inscripción que sitúa el alumbramiento en una de las dependencias del edificio y, en concreto, en la sala que llaman de los Pasos Perdidos aunque, como leyenda que es, no queda demasiado claro este respecto y bien pudiera suceder que el parto tuviera lugar en cualquier otro sitio.

Independientemente de donde naciera, la Aljafería mantiene dedicado uno de sus patios más hermosos a esta infanta de Aragón, que fue reina de Portugal, y proclamada santa por la Iglesia por su entrega, su bondad y haber obrado el que se conoce como el milagro de las rosas. Constantemente reprendida por su esposo por ser demasiado pródiga con los necesitados y acusada de dilapidar los bienes de la Corona en limosnas, un día fue sorprendida por el rey cuando se disponía a repartir una cuantiosa suma de monedas entre los pobres.





Aseguran que, al ser interpelada por el monarca acerca de lo que escondía entre sus ropas, respondió que tan sólo se trataba de unas rosas. Se obró el milagro y rosas fueron precisamente lo que vio el rey, a pesar de que no era el tiempo de esas flores.

Cuna pues de una reina que fue santa, la que en su origen fuera fortaleza musulmana también tiene a gala el haberse convertido en el cofre inexpugnable que guardó en su interior uno de los más preciados símbolos del cristianismo: el siempre legendario santo grial. El cáliz que se utilizara en la última cena llegó a la Aljafería, gracias al rey Martín el Humano, procedente del monasterio de San Juan de la Peña, de donde probablemente salió a cambio de tierras y de riquezas. No obstante, se marchó tal como vino, primero a Barcelona, acompañando a los reyes, y posteriormente a Valencia, en cuya catedral se conserva.

Si de monarcas hablamos, un último misterio rodea a este palacio. Habla ya de los tiempos de Isabel y de Fernando y tiene como protagonista la leyenda, al dorado metal que trajeron de las Indias los primeros conquistadores. De él se dice que sirvió para engalanar el gran salón que se conoce como el de los Reyes Católicos.

Sea cierto o no lo sea, fuera ese oro de América o de cualquier otra parte, existiera o no la sin par Melisendra o aunque quizás el doncel de Lara no hubiera estado preso en la torre a la que dio el nombre, son todas éstas, leyendas de un tiempo esplendoroso y remoto que habla de culturas y de tolerancia, de un palacio rico en tradiciones y en ornamentos, orgullo de quienes lo hicieron y de quienes lo heredamos, testigo inexcusable de una historia, que es la nuestra, y que trae desde el pasado los ecos lejanos de un futuro que se hace presente en un palacio que vinieron en llamar Aljafería: palacio de la alegría.



**JAVIER VÁZQUEZ.** Nacido en Zaragoza. Licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad de Navarra. En la actualidad, redactor jefe de Aragón Digital. Ha trabajado en la red regional de la Cadena COPE, Cadena 100 de Pamplona, COPE Pamplona y en el periódico Detroit Free Press (EE. UU.). Premio IAM del Gobierno de Aragón.

## Los fantasmas que vagan por el palacio

No hay castillo que se precie sin fantasmas y la Aljafería no es la excepción.

Para llegar a este punto no sirvieron de nada archivos ni bibliotecas y sólo quienes se ocupan de hechos esotéricos hicieron posible una aventura que comenzó siendo divertida y terminó por quitar el sueño al grupo de personas que en 1998 preparábamos el libro *Historia mágica de Zaragoza y su provincia* que publicó en fascículos *El Periódico de Aragón*.

Sabemos al menos de dos fantasmas y de una leyenda ligada al aljibe. De los fantasmas, la primera es una mujer a la que llamaron «la novia de blanco». Ella fue una novia más bien fogosa que no confesó que había conocido varón antes de sus esponsales y se fingió doncella. En su noche de bodas, el marido pudo comprobar su infamia. Aquí hay dos versiones, pero ambas coinciden en que la estranguló con el collar de perlas que ella llevaba al cuello, regalo de su amante.

Dicen que hubo, en el último segundo, un conato de arrepentimiento en la mujer y que se encomendó a la Virgen María. La Virgen la rescató de las garras de Satanás y consiguió que en lugar de la condenación eterna, la novia vagara por el Palacio de la Aljafería para salvar almas y purgar su pena. Así, cuenta la leyenda que se aparece siempre en una misma estancia –en un salón próximo al restaurante– y cuando lo hace es señal de que uno de los presentes va a morir al cabo de 24 horas y así le da tiempo a confesar sus pecados. Se dice que se apareció por última vez a unos soldados de Napoleón.

Nuestro siguiente aparecido es de origen judío y vida disoluta. La Santa Inquisición intentó que confesara sus múltiples crímenes, porque su vecino lo acusaba de ladrón, fornicador y muchas cosas más, además de que se mantenía firme en su herejía.

Sucedió que a uno de los miembros de la Santa Inquisición se le fue la mano en uno de los repasos y el judío murió, eso sí, negándose a abjurar de su fe y asegurando que nunca tomó nada ni de las mujeres ni de los hombres que ellos no desearan por ingenuos o demasiado listos darle. Murió riendo de cómo había sido su vida y diciendo que veinte vidas que tuviera, veinte las terminaría así a cuenta del placer y las riquezas que había disfrutado, porque tras la muerte no había nada más.

Así que fue condenado a vagar eternamente por la Aljafería cargado con una gran cadena para que así hombres y mujeres, al oír el ruido de la misma, supieran que hay un más allá y que el judío penaba sus crímenes. Eso sí, hasta que alguien con más pecados que él pisara el Palacio.

Durante siglos, vigilantes y residentes del Palacio musulmán han oído los ruidos y lamentos, que cesaron, misteriosamente, hace unos años, cuando las Cortes de Aragón se instalaron en la Aljafería. El chiste es demasiado fácil, por lo que pido disculpas a sus señorías.

... Y dice la leyenda que en determinados días mágicos del año, a determinadas horas, el agua del aljibe se convierte en un espejo mágico con múltiples propiedades. Dicen, por ejemplo, que si dos personas se ven reflejadas en él, brota un amor avasallador y quedan ligadas de un modo kármico, incluso por varias existencias. Es decir, que sus almas quedan ligadas más allá de la muerte.

Me he asomado al aljibe en compañía de varias personas, como el ex presidente de la DGA, Hipólito Gómez de las Rocas, un buen amigo dotado de un excelente sentido del humor, y les puedo asegurar que por el momento y en esta existencia al menos, no parece que el aljibe haya movido más sentimiento que la simpatía. Les contaré más en la próxima reencarnación.



**Pilar Barranco**

